



Había pasado más de una semana desde que Julia había roto con Néstor y, desde entonces, no había vuelto a tener noticias suyas. Aunque sabía que esto era lo mejor, necesitaba que el poeta volviese a llamarla con la intención de retomar la relación, pues solo así se demostraría que la persona que Carmen le describió y la que ella conoció eran totalmente distintas.

Y lo que Julia deseaba sucedió.

Ocurrió una mañana cuando se disponía a vaciar una de las papeleras de la plaza de La Reina, cerca de la zona que ocupaba doña Esmerinda.

Al asomarse para comprobar si estaba llena, descubrió, dentro de ella, un ramo de rosas no muy grande, no sobresalía de la papelera, pero sí lo suficientemente bello como para acelerar el pulso de cualquier mujer.

Lo sacó y encontró una tarjeta. Imaginaba de quién era, así que la abrió para confirmar sus sospechas y descubrió que, efectivamente, el ramo era de Néstor. Sin embargo, nada más leer el nombre del poeta, las flores volvieron al lugar de donde habían salido, a la papelera.

Se giró y, cuando se dispuso a recoger su carro, lo vio. Su corazón comenzó a latir a un ritmo acelerado.

Néstor, vestido con traje y camisa blanca, pero sin corbata, se encontraba a unos metros de ella, cerca de la entrada de la catedral.

—Hola —saludó.

—Hola —dijo Julia.

—¿No te ha gustado el ramo? —preguntó el poeta temeroso.

—Sí —contestó la barrendera.

Néstor arqueó sus cejas dando a entender que no comprendía su comportamiento. “Si le gusta el ramo, ¿por qué lo ha tirado?”, se preguntaba.

Entonces, como por arte de magia, se le presentó la solución. Para que Julia aceptase su ramo, tenía que darle una explicación sincera que justificase su ausencia el día de la excursión. Podía haber dejado en la papelera el ramo más grande y más hermoso del mundo, y la reacción de la barrendera hubiese sido la misma.

Cuando se disponía a presentar sus disculpas, las oscuras y enormes gafas, que tan poco favorecían a Julia, llamaron su atención y, en vez de pedir perdón, señaló:

—No sabía que llevases gafas.

El comentario aumentó el enfado de Julia, quien, con gesto serio, llegó hasta su carro y lo empujó con furia.

—Espera, por favor. Quiero hablar contigo —suplicó Néstor.

En ese momento, Doña Esmerinda, que estaba ocupada en dar de comer a las palomas, abandonó su tarea y se centró en la conversación de los dos jóvenes.

—Como verás, hoy he venido con traje —dijo; pero Julia hizo una mueca de indiferencia para mostrar lo poco que le importaba—. Y lo he hecho —continuó Néstor— para mostrarme ante ti tal y como soy. Siento de verdad no haber ido a la excursión el otro fin de semana. Sé que te hacía ilusión, pero salí y me acosté tarde. Siempre he disfrutado la noche. Estos últimos días pensé que podía pasar sin salir de fiesta, pero me equivoqué. Lo único que quiero pedirte es que me des una oportunidad para demostrarte que puedo cambiar.

Julia suspiró. No sabía qué decir. Por un lado, quería darle esa oportunidad y volver a estar con el hombre que durante unos días la había hecho feliz; pero, por otro, sabía que existía la posibilidad de que ese hombre al que deseaba volviese poco a poco a sus costumbres.

—Pero es que... —dijo —, si a mí me gusta levantarme temprano y a ti acostarte tarde...

En ese momento, Luismi, que los había visto desde la terraza del bar en el que solían almorzar, llegó hasta ellos y, al igual que doña Esmerinda, se unió como espectador.

—Cambiaré —dijo Néstor con rotundidad—, pero dame la oportunidad para que te lo demuestre. Haré lo que me pidas.

—¿Harás lo que te pida? ¿Cambiarás? Muy típico de los hombres. Lo fácil era acudir a la excursión el domingo. No te pedía nada más, aunque no creo que eso sea una petición. En verdad, era algo que tenías que hacer por gusto, y ahora me dices que harías cualquier cosa que te pidiera.

—Sí —asintió Néstor con seguridad—. Pídeme lo que quieras y, si no quedas convencida, te prometo que no volveré a molestarte más.

Julia se quedó pensativa. Quería seguir viendo a Néstor; sin embargo, una parte de sí misma se resistía.

Durante unos segundos, el silencio dominó la zona. Julia estaba enfrascada en sus pensamientos, recordando las palabras de Carmen, mientras que Néstor, doña Esmerinda y Luismi permanecían expectantes.

Entonces, de repente, rompiendo este reflexivo silencio, se escuchó a doña Esmerinda exhortar a la joven:

—Venga, mujer, dale una oportunidad.

Julia despertó de su ensimismamiento y miró con perplejidad a la anciana y a Luismi, los cuales la observaban.

—De acuerdo —aceptó.

Néstor, Luismi y doña Esmerinda esperaban, expectantes, su propuesta.

—Quiero que hagas algo, pero no por mí, sino por otra persona.

—¿Por quién? —preguntó Néstor sorprendido.

—Por quien tú quieras, pero por alguien que no sea yo, y tienes que hacerlo de corazón.

—Está bien —aceptó Néstor—. No sé muy bien lo que haré, pero te prometo que no te decepcionaré.

Entonces, Luismi y doña Esmerinda comenzaron a aplaudir al tiempo que se miraban y sonreían; pero en cuanto se percataron de que entre ambos surgía una cierta complicidad, apartaron sus miradas y dejaron de aplaudir.

Y así, con esta oportunidad concedida, Néstor se marchó de la plaza.

Luismi se acercó a su compañera y la besó. Por su parte, doña Esmerinda regresó a su banco y, cuando vio que los barrenderos se marchaban al bar a almorzar, fue a la papelería y rescató para sí el ramo de flores que Julia había despreciado.